



*Símbolo del Año
Internacional
de la Educación
(la cabeza del
hombre universal),
diseñado por
Victor Vasarely*



5. 1970: Año Internacional de la Educación

Primer balance del Año Internacional de la Educación *

En verdad, el momento está bien elegido para reflexionar sobre ese hecho insólito que constituye el Año Internacional de la Educación. Desde el momento en que la Conferencia general de la UNESCO y la Asamblea general de las Naciones Unidas tomaron sus primeras decisiones al respecto hasta hoy, la Secretaría sólo ha podido dialogar en dos ocasiones con los representantes de los Estados miembros sobre ese tema. Primeramente, en la reunión del Consejo Ejecutivo durante la cual —y resumo la situación— los Estados miembros expresaron su inquietud por lo que parecía una relativa inercia de la Secretaría. Más adelante, en septiembre-octubre de 1969, el Consejo Ejecutivo, en su 83 reunión, escuchó, en cambio, numerosas apreciaciones elogiosas del dinamismo con que el director general conducía la preparación del Año Internacional de la Educación, pero también se mostró preocupado ante el hecho de que, hasta ese momento, los Estados miembros no participaran en dicha empresa con igual entusiasmo. Se resolvió entonces pedir a los países que comunicaran sus programas nacionales antes del 31 de diciembre de 1969.

Una gran mayoría de Estados miembros ya hizo saber de qué manera piensan asociarse al Año Internacional de la Educación, pero como los programas nacionales no han entrado aún en su fase ejecutiva, es posible todavía modificarlos e incitar a los países que aún no han respondido a que establezcan sus propios planes en armonía con las tendencias que se desprenden de los programas ya anunciados. Para examinar la situación tal como se presenta hoy, os comunicaré en

primer lugar ciertos hechos y cifras que reflejan con bastante exactitud el punto en que se encuentra el Año Internacional de la Educación. Trataremos luego de destacar algunos elementos significativos, antes de interrogarnos sobre los factores de incertidumbre que todavía quedan y de los cuales depende que 1970 sea una fecha importante en la historia de la educación. Algunos de esos factores dependen de la Secretaría, y los enunciaré antes de hablar de aquéllos a los que un esfuerzo particular de los Estados miembros y, por ende, de las delegaciones permanentes beneficiaría en gran medida. En esta materia, las cifras no indican todo, pero son bastante expresivas. Hasta el día de hoy, 86 Estados miembros o miembros asociados (1) comunicaron oficialmente sus programas nacionales o, al menos, las características principales de los mismos. Considero que dicha cifra es satisfactoria, tanto más cuanto que otros 42 Estados miembros hicieron saber que sus programas serían comunicados en breve. Es preciso recordar asimismo los obstáculos que, en operaciones de este tipo, plantea la estructura federal de algunos países, sin que ello signifique de su parte indiferencia o mala voluntad. En algunos de ellos, por lo demás, la proliferación de iniciativas privadas o semiprivadas garantiza desde ahora una participación importante de la nación. Sólo unos 20 Estados han permanecido totalmente silenciosos y un solo país anunció que no emprendería actividad alguna con motivo del Año Internacional de la Educación.

De las respuestas recibidas (y limitándonos siempre a las cifras) se desprende, por ejemplo, que: seis países han proclamado a 1970 Año Nacional de la Educación, 26 se ocuparán de

* El texto que publicamos reproduce en sustancia una exposición del subdirector general, C. Flexo Ribeiro (Educación), en la reunión de las Delegaciones Permanentes, el 24 de febrero de 1970.

(1) El 19 de marzo la cifra se elevaba a 90.

él en emisiones excepcionales de televisión, ocho efectuarán concursos diversos relativos a la educación, 24 realizarán exposiciones, 27 organizarán cursillos de formación, siete han producido o producirán carteles de publicidad, 19 emitirán sellos de correos especiales, 35 preparan publicaciones de carácter excepcional, cuatro países están realizando filmes, dos organizan una campaña por la que se procurará recoger fondos destinados a sus sistemas de educación, y 13 países se ocuparán de un aumento de su ayuda a los países en vías de desarrollo.

Es muy difícil comparar y clasificar algunos aspectos de los distintos programas nacionales. Por ejemplo, no se ve claramente, por ahora, si alguna de las actividades que se anuncia consistirá en un seminario de especialistas o en una conferencia destinada a un público más vasto u organizada en el plano internacional. Teniendo en cuenta esa salvedad, la Secretaría registra actualmente 46 países organizadores de seminarios o coloquios, en tanto que 43—con frecuencia los mismos—prevén la realización de conferencias y 22 anunciaron su intención de efectuar estudios o balances, globales o por sector, relativos a los sistemas pedagógicos. Los temas de esos coloquios, conferencias y seminarios son de gran variedad. Empero, hay dos que prevalecen: la educación permanente y la educación internacional. Esos temas reaparecen también a menudo en los programas nacionales en general.

Hasta hoy, 38 países incluyeron en sus programas el anuncio de decisiones, a menudo sobremano importantes, que afectan su política nacional en materia de educación. Por otra parte, 21 Estados miembros indicaron que en 1970 se crearían nuevos establecimientos de formación e investigación en educación.

Es un hecho notable, digno de destacarse, el que algunos países hayan escogido el Año Internacional de la Educación para adoptar importantes decisiones sobre la elaboración de su política en esta esfera. En muchos casos, por cierto, se producen felices coincidencias, y esas decisiones hubieran sido adoptadas de todos modos en 1971. Pero incluso en tales casos preferimos recibir notificación de una decisión de esa naturaleza antes que el anuncio de una actividad puramente académica que, por añadidura, sería una medida aislada.

Ahora bien, tales «celebraciones» están prácticamente ausentes de los 84 programas comunicados hasta hoy, lo cual es un excelente signo. En varios casos, en cambio, se nos comunica que el jefe de Estado o del Gobierno se ocupará directamente de la ejecución del programa nacional, y se dirigirá personalmente a la nación para hacer resaltar la importancia que atribuye al Año. No vemos en ello un espíritu de celebración, sino, por el contrario, el reconocimiento de que no puede concebirse a la educación como una simple actividad departamental, dependiente de un solo sector ministerial, sino como una dimensión esencial de toda síntesis política. No hay duda que, si se extendiesen tales iniciativas, al final

del Año la opinión pública reconocería con mayor claridad lo que la educación representa, o debería representar, en nuestras sociedades.

Otro factor que debe acentuarse es la probabilidad de que el Año Internacional de la Educación señale un hito decisivo en la comprensión del concepto de educación permanente. Sería una desdichada casualidad que, en la gran cantidad de encuentros, publicaciones, filmes, etc., que se ocuparán de este tema, ninguno llegase a resultados positivos que sirvieran, al menos intelectualmente, para preparar las medidas institucionales necesarias.

También podemos esperar desde hoy que la preocupación de numerosos países industrializados relativa a la necesidad de ayudar a los países en vías de desarrollo en la esfera de la educación despertará la opinión pública y la preparará provechosamente a la acción y a los sacrificios necesarios. Puede asimismo preverse que las actividades prácticas previstas para la alfabetización darán gran impulso a una esfera que el director general considera prioritaria en el Año Internacional.

No cabe, por el momento, que la Secretaría se extienda más en la expresión de la satisfacción que le inspira el desarrollo del Año Internacional de la Educación. Quedan en pie muchos interrogantes. ¿Cómo serán realmente las actividades previstas, cuál será su impacto en la opinión pública, a la que es indispensable asociar a la reflexión y a la acción en una esfera que debe dejar de ser un coto cerrado? ¿En qué medida se plantearán los problemas con suficiente voluntad de innovación, con bastante valor, con el deseo de asociar el conjunto de las naciones a su solución? Todavía se corre el peligro de que el verdadero alcance del Año se diluya, se pulverice en débiles asaltos parciales contra los diversos problemas contemporáneos, que habría que abordar, por el contrario, en su totalidad significativa. ¿Es posible el constante aumento e incluso el simple mantenimiento de las cargas financieras que las estructuras y fines actuales de la enseñanza imponen a los presupuestos nacionales? Podrá esperarse que algún día las ingentes sumas suplementarias que hacen falta para la educación puedan obtenerse mediante una reducción notable de los créditos militares? Dentro del mismo sistema educativo, ¿existe la disposición necesaria para efectuar las radicales revisiones que aparentemente exige la preparación inteligente y generosa de la Nueva Edad que se avecina? ¿Sabrán los gobiernos convertir al Año Internacional de la Educación en el sólido umbral del Segundo Decenio para el Desarrollo? Sería vano que, en febrero de 1970, respondiese yo a tales preguntas.

De todos modos la Secretaría, con los medios a su disposición, continuará haciendo de 1970 «un año diferente de los demás». Me refiero a la totalidad de la Secretaría, y no únicamente al Sector a mi cargo. Dos importantes acontecimientos, la conferencia de Marrakech y el coloquio organizado por la División de Filosofía sobre

la educación y el desarrollo del hombre fueron jalones muy importantes en esta actividad. Habrá otros.

La Unidad Especial del Año Internacional de la Educación continuará funcionando al ritmo que ella misma contribuyó a imponer a ese proyecto. Continuará publicándose el Boletín del Año Internacional de la Educación—desde el mes de enero existe una edición en español—que aportará todas las informaciones disponibles sobre la actividad correspondiente de los gobiernos y sobre la de las organizaciones del sistema de las Naciones Unidas y las ONG, cuya participación, que se anuncia como algo capital, no he podido analizar aquí. Por otra parte, como sabéis, cada uno de los temas prioritarios del Año será objeto de un documento de unas veinte páginas. Tales documentos serán necesariamente muy diferentes entre sí al par que algunos chocarán contra ciertas ideas corrientemente aceptadas; pero el hecho es que ni éstos ni otros menos discutibles representarán las opiniones oficiales de la Unesco. Con todo, servirán como incentivo a la reflexión y servir como acicate, como elemento animador, es tarea que bien toca a la Organización. Por otra parte, debo añadir que está en preparación un cartel que ilustrará el Año Internacional de la Educación, que se ha enviado a las Comisiones Nacionales un film de treinta minutos sobre el mismo tema y que nuestros servicios de radio preparan, en todos los idiomas, tanto en la Casa de la Unesco como fuera de ella, programas radiofónicos sobre el Año que celebramos y que, por último, el *Correo* de la Unesco continuará dando en sus páginas un lugar importante a noticias y artículos relacionados con el mismo.

Desearía terminar formulando algunas sugerencias. En primer lugar, querría que los señores delegados permanentes transmitieran a sus gobiernos una de nuestras mayores preocupaciones: para que el Año Internacional de la Educación sea un jalón importante en la historia de ésta, habrá que asociar la opinión pública a la búsqueda de una solución para los problemas presentes o previsibles de la misma. El año 1970 deberá ser el de la apertura definitiva de lo que alguien ha llamado «el ghetto educativo». Para lograr ese fin, es necesario que en todos los países la prensa, la radio y la televisión hagan del «Año Internacional de la Educación» su tema principal, y que en 1970 se adquiriera la costumbre de hacer hablar sobre este tema no sólo a los pedagogos, sino también a los hombres de ciencia, a los técnicos, a los artistas, a los obreros y campesinos, es decir, a toda la población.

En segundo lugar, me permito expresar el deseo de que un número mayor de países decida realizar en 1970 obras perdurables. Dado el hecho de que los plazos de financiamiento y de construcción de un Instituto o de una escuela superior son ineluctables, lo menos que se puede hacer en el curso de este año privilegiado—privilegiado en el sentido de que es la ocasión de hacer esfuerzos suplementarios—es tomar la decisión de crearlos.

En tercer lugar, sería lamentable que en 1970 la solidaridad internacional no se manifestase en forma más concreta que nunca. Ciertos países han decidido dar considerables cantidades de cuadernos y libros, en particular para la alfabetización. Idealmente, cada Estado Miembro que disponga de recursos suficientes debería hacer un gesto análogo; en especial aquellos que centrarán el Año Internacional de la Educación en la ayuda al desarrollo de la educación en el Tercer Mundo deberían concretar su interés en alguna forma. Varios países especificaron sus necesidades, sobre todo en papel y medios de reproducción ligeros. La Secretaría puede indicar cuáles son las necesidades más urgentes y orientar hacia ellas los donativos.

Finalmente, considero que podréis contribuir a que el Año Internacional de la Educación sea algo verdaderamente excepcional si os mantenéis constantemente informados no sólo sobre los programas previstos en vuestros países, sino también de su ejecución y de su costo, transmitiendo al mismo tiempo a la Secretaría esas preciosas informaciones. Y sólo si esa corriente de informaciones no se interrumpe, podrá la Secretaría intentar en el futuro la evaluación de este Año Internacional y de sus resultados.

En lo que va del Año se han dado los primeros pasos necesarios y la impresión general de los organizadores es la de que se vislumbra una rica cosecha cuyo volumen aún no se puede precisar. Ahora bien, aunque es necesario que la acción de los organizadores no desmaye y que mañana puedan estar en condiciones de analizar y ponderar los resultados obtenidos, igualmente se impone una labor informativa por parte de los países interesados. Y el caso es que, hasta la fecha, sólo dos países han dado a conocer de una manera explícita su intención de establecer, a fines de 1970, un balance de los resultados alcanzados por su programa del AIE. Convendría, pues, que todos los demás Estados adoptaran las medidas—que, a fin de cuentas, son fáciles de tomar—para llevar a cabo ese balance necesario.